



UCA

Universidad  
Centroamericana

ESADE

Business School  
Law School

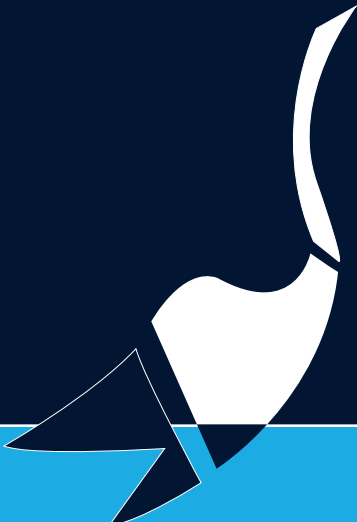
UNIVERSIDAD RAMON LLULL

# Lección Inaugural 2018

## Una Universidad para la Sociedad

Dictada por la **Dra. Eugenia Bieto Caubet**

Directora General de ESADE







**UCA**  
Universidad  
Centroamericana

**ESADE**  
Business School  
Law School

UNIVERSIDAD RAMON LLULL

# Lección Inaugural 2018

**Una Universidad para la Sociedad**

Dictada por la **Dra. Eugenia Bieto Caubet**  
Directora General de ESADE







---

---

## Dra. Eugenia Bieto Caubet

Lección Inaugural a cargo de la Dra. Eugenia Bieto  
Directora General de ESADE  
15 de marzo, 2018

---

Eugenia Bieto Caubet es Doctora por la Universidad Ramon Llull, Licenciada en Ciencias Empresariales y Máster en Dirección de Empresas por ESADE y la Universidad Politécnica de Cataluña. En ESADE, ha sido subdirectora general corporativa (2005-2010) y directora fundadora del ESADE Entrepreneurship Institute (1997-2008). Ha ejercido cargos directivos en la Administración Pública de Cataluña y la Comunidad Valenciana relacionados con el fomento del desarrollo y el crecimiento empresarial, así como la creación de empresas. En su calidad de directora general de ESADE ha impulsado el programa de formación Promociona, iniciativa de la CEOE y de la Dirección General para la Igualdad de Oportunidades del Ministerio de Sanidad, Seguridad Social e Igualdad. Promociona es un programa destinado a las mujeres directivas para acceder a altos cargos de dirección.

Es Presidenta de CEMS Global Alliance (red de 30 escuelas de negocio y 70 empresas en 30 países del mundo). Autora o coautora de varios artículos, ensayos y capítulos de libro sobre entrepreneurship, innovación y liderazgo femenino. Asimismo ha recibido diversos premios por ser de las pocas mujeres en el mundo al frente de una escuela de negocios.

En 2017 la revista Forbes la incluyó en su lista Las 50 españolas más poderosas.



# INAUGURACIÓN DEL AÑO ACADÉMICO 2018 DE LA UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA “Una Universidad para la Sociedad”

---

---

*Rector de la Universidad Centroamericana de Managua, autoridades, invitados especiales, decanos, profesores, personal de administración y servicios, alumnos y alumnas, familiares:*

Es para mí un honor haber sido invitada por la Universidad Centroamericana de Managua a dictar la lección inaugural del curso 2018. Lo es por un doble motivo: en primer lugar, porque siento que ESADE, la escuela de negocios donde me formé, en la cual he desarrollado mi actividad como profesora y de la cual soy directora general desde hace ocho años, comparte historia, raíces y propósito misional con la UCA, como familiarmente llamamos en España a la Universidad Centroamericana de Managua. En efecto, ambas

instituciones nacieron hace casi 60 años –la UCA en 1960 y ESADE en 1958– gracias a la visión y a la voluntad compartida de un grupo de empresarios y de la Compañía de Jesús; ambas desarrollan su misión inspirándose en las tradiciones humanistas y cristianas, en un marco de diálogo intercultural, y ambas persiguen el noble objetivo de formar a profesionales altamente competentes y socialmente responsables.

Pero, además, la Universidad Centroamericana de Managua y ESADE han escrito una historia de más de tres décadas de cooperación y hermanamiento, que se inició a raíz de la visita que realizó en los años ochenta el entonces director de ESADE, el jesuita Xavier Adroer, que quedó

profundamente impresionado por una Nicaragua empobrecida e inmersa en un proceso revolucionario. A su regreso a España, Adroer convenció a la Junta de Gobierno de ESADE para iniciar un plan de cooperación ambicioso y amplio con la UCA, cuya primera manifestación fue el traslado a Managua del profesor de ESADE Carles Comas, que había expresado su deseo de disfrutar de un período de excedencia en Centroamérica. La magnífica acogida que los diferentes responsables y profesores de la Universidad dispensaron a Carles Comas y a su esposa Roser Solá les llevaron a desempeñar diversas funciones docentes, investigadoras y de gestión, al servicio de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Carles y Roser idearon entonces un programa de visitas de varios profesores de ESADE, que a lo largo de dos décadas trabajarían con los profesores de la UCA en la mejora de los programas y los materiales

docentes. Cuarenta profesores en total dedicamos parte de nuestras vacaciones de agosto a pasar quince días inolvidables en casa de Carles y Roser. Acudíamos diariamente a la UCA para dar clase y reunirnos con los profesores de las distintas disciplinas, pero también aprovechamos nuestra estancia para conocer el país de la mano de nuestros anfitriones, que supieron contagiarnos su amor por Nicaragua. Pronto se extendió el programa de visitas al personal de administración y servicios, y así, varios responsables de diferentes servicios de ESADE viajaron también a Managua para ayudar a diseñar los procesos de gestión administrativa, admisiones y carreras profesionales. No olvidaremos jamás el país que nos acogió ni la Universidad, que había nacido con la ambición de convertirse en un lugar donde el conocimiento más riguroso se aplicara a la mejora de la sociedad y del país a través de la educación.



Durante aquellos primeros años, se establecieron las bases para que la Universidad Centroamericana de Managua y ESADE exploraran nuevas vías de colaboración, que se han materializado en diversas iniciativas, entre las cuales quisiera destacar el Servicio Universitario para el Desarrollo (SUD), que pretende fomentar entre los estudiantes de ESADE la cooperación universitaria a favor del desarrollo; gracias al SUD, un total de 646 estudiantes de Administración de Empresas y de Derecho han realizado estancias de dos meses en países de América Latina (Nicaragua, Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica y Bolivia). Estos alumnos han participado en 380 proyectos relacionados con su formación específica, pero lo más importante es que han vivido una experiencia verdaderamente transformadora. El SUD se ha convertido para ESADE en un eje fundamental de la formación integral de sus estudiantes, los

cuales, a su regreso, reconocen que, gracias al trabajo que han realizado en estos países, han podido entender la función social que debe cumplir un profesional de la gestión empresarial y del derecho.

Quisiera finalizar esta parte de mi alocución manifestando mi profunda satisfacción por el buen entendimiento que existe entre la UCA y ESADE, y expresar mi deseo de que ambas instituciones educativas sigan trabajando juntas para ampliar sus ámbitos de colaboración.

Voy a reflexionar a continuación sobre el papel que, a mi entender, debe desempeñar la universidad para hacer frente a los retos que nos plantea la sociedad.

A la universidad se le reconocen tres misiones fundamentales: la formación, la investigación y el servicio a la sociedad. Pero ello no siempre ha sido

así. Me referiré ahora brevemente a los orígenes de la universidad, centrándome especialmente en Europa, sin olvidar que las primeras universidades en Latinoamérica serían creadas varios siglos más tarde, en la mayoría de los casos siguiendo el modelo de las universidades españolas.

La universidad es una creación genuinamente europea. De hecho, la primera universidad medieval se fundó en 1088 en la ciudad italiana de Bolonia. Estas universidades, o comunidades de profesores y alumnos, nacían con un objetivo fundamental: formar a hombres en las disciplinas de la teología, el derecho y la medicina. Herederas de las instituciones educativas de Alejandría y Antioquía, por un lado, y de las instituciones de enseñanza superior persas y árabes, por otro, las universidades tenían también otro papel fundamental, que era preservar

el conocimiento en sus bibliotecas, y traducir al latín la literatura científica y los textos clásicos en otras lenguas, como el griego o árabe.

A principios del siglo XIX, Wilhelm von Humboldt reformó la Universidad de Berlín y nació así la universidad moderna, dedicada a la investigación, que se convertiría en la segunda misión de las instituciones de educación superior. Fue entonces cuando las universidades empezaron a crear centros de investigación y laboratorios científicos y, desde mediados de siglo, a trabajar en estrecha colaboración con los grandes grupos industriales para potenciar lo que hoy conocemos como la transferencia de la investigación. Grandes avances científicos del siglo XX nacieron en estos centros de conocimiento.

La universidad contemporánea, respondiendo a la llamada de diversas instituciones internacionales como la

UNESCO, que apela a la centralidad que deben jugar las instituciones de educación superior en el desarrollo social, añade una tercera función: la del servicio a la sociedad.

A continuación, voy a desgranar cada una de estas tres funciones, haciendo especial hincapié en los retos a que se enfrenta hoy la universidad.

### **La función de educar**

La primera de ellas, y acaso el motivo principal de la existencia de la universidad, es educar a sus estudiantes, pero educar no se limita a transferir conocimientos o a enseñar técnicas y herramientas. Educar, como afirmaba el profesor Miguel Angel Escotet, que fue miembro del Consejo Asesor en Educación Superior de la UNESCO, es “formar e instruir, en que la instrucción permanece en un nivel intelectual y la formación

se inserta en la personalidad, en los valores, en el comportamiento”. La universidad debe orientarse al desarrollo integral de la persona, ayudándole y acompañándole en su crecimiento personal. En sus ensayos sobre educación, Bertrand Russell apelaba, ya a principios del siglo XX, a una universidad que supiera combinar el aprendizaje de las distintas especialidades con el ensanchamiento de la mente y el corazón mediante un análisis imparcial del mundo.

Esta perspectiva russelliana es hoy más cierta que nunca. En las aulas de las universidades, se está educando a los futuros profesionales de una sociedad que reclama nuevas formas de abordar los retos actuales. Nuestros estudiantes han de adquirir la mejor formación en las diferentes disciplinas, pero al mismo tiempo han de desarrollar un pensamiento crítico, ser capaces de analizar una realidad compleja, estar abiertos a un mundo

global y diverso, y desarrollarse como ciudadanos socialmente responsables.

La universidad ha de ser una “institución social” que, en un marco de convivencia, integre lo cognoscitivo con lo afectivo, la información con la formación, la forma con la estética, la aplicación con la ética, para generar así personas educadas, y no solo “entrenadas”.

Para resumir la función educativa de la universidad, he elegido unas palabras que pronunció el Papa Francisco en un encuentro con estudiantes y profesores de la Universidad de Tel Aviv, que tuvo lugar recientemente en el Vaticano: “Tenemos necesidad de modos adecuados para formar a líderes capaces de abrir nuevos caminos para responder a las necesidades de las generaciones actuales, sin comprometer a las futuras; la actividad educativa, aunque a veces sea ardua, es siempre una de las tareas más

delicadas, porque procura formar a la persona en su integridad. Para realizar esta tarea fundamental, se necesita ciertamente experimentar la habilidad profesional y técnica, pero también la empatía y la sensibilidad humana, para fomentar un diálogo sincero con los estudiantes y favorecer su formación, ya sea como personas, ya sea como futuros profesionales en sus respectivas áreas de estudio.”

Estas palabras del Santo Padre me llevan a resaltar el papel fundamental que juegan nuestros profesores en la función educadora. Debemos acompañarlos en esta tarea, darles las herramientas adecuadas, ayudarles a crecer no sólo como educadores sino también como personas conscientes de su responsabilidad social, y sobre todo poner en valor y agradecer la labor que desarrollan día a día.

## **Sabiduría *versus* ciencia**

La segunda función de la universidad es la investigación. Ello significa propiciar un entorno favorable a la realización sistemática de actividades intelectuales y experimentales que permitan aumentar los conocimientos científicos sobre una materia determinada. Pero los profesores no deben olvidar que la investigación no es un fin en sí mismo: no se investiga únicamente para publicar artículos en revistas científicas. La investigación ha de pretender crear un conocimiento que busque mejorar la vida de las personas y construir sociedades más justas, más prósperas y más libres.

Tal como subrayaba el Padre Kolvenbach, “el conocimiento no es neutro, sino que siempre implica unos valores y una determinada concepción del ser humano; la docencia y la investigación no pueden dar la espalda a la sociedad que las rodea

[...] La universidad ha de ser el crisol donde se debatan con profundidad las diversas tendencias del pensamiento humano y se propongan soluciones”

En este sentido, ciencia y sabiduría deben caminar juntas. La ciencia investiga e interpreta los fenómenos naturales, sociales y artificiales, y los transforma en conocimientos científicos mediante observaciones y experimentaciones; en cambio, la sabiduría, entendida en su sentido más amplio, nos ha de capacitar para reflexionar, para buscar la verdad y el bien como fines últimos.

Ningún otro espacio ofrece, en principio, mejores condiciones para que se produzca una actividad de investigación fructífera, al ser la universidad punto de encuentro entre profesores y alumnos de diversas disciplinas. Es por ello que las universidades deben promover la creación de micro-comunidades,

formadas por profesores, investigadores, estudiantes de doctorado y jóvenes doctores, que sean capaces de superar toda fragmentación del saber. Al mismo tiempo, la actividad investigadora en la universidad ha de abrirse a nuevos diseños organizativos, que faciliten la interacción entre diferentes actores y que produzcan conocimiento relevante, ya se trate de investigación básica o aplicada, constituyendo verdaderas comunidades integradas por centros de investigación públicos y privados, empresas y colectivos ciudadanos que, de una forma colaborativa, transversal y global, aborden proyectos de interés para la comunidad.

Solo así, mediante unos procesos compartidos, podremos avanzar en la búsqueda de soluciones a los problemas que tiene hoy la sociedad y que se hallan recogidos en los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible,

promovidos en 2016 por Naciones Unidas: el fin de la pobreza, la erradicación del hambre, el acceso universal a la educación, la igualdad entre hombres y mujeres, el cuidado del medio ambiente, el derecho al trabajo decente o la reducción de las desigualdades, entre otros.

### **Servicio a la sociedad**

Finalmente, la tercera –pero no por ello menos importante– función de la universidad es su servicio a la sociedad. En una carta dirigida al entonces Provincial de España, el que fue superior general de la Compañía de Jesús entre 2008 y 2016, el Padre Adolfo Nicolás, pedía a las universidades que apostaran “por abrir horizontes, deseos e ideales, desde la actitud humilde del que pretende con honradez que el saber se convierta en un sólido instrumento de servicio”. El servicio a la sociedad es una dimensión a la vez transversal

y específica. Es transversal porque deberíamos entender que la formación y la investigación, las dos primeras misiones de la universidad, son en sí mismas claramente un servicio a la sociedad.

Cuando educamos estamos sirviendo a los estudiantes, a las personas y a su futuro profesional y ciudadano. Hemos de ser conscientes de que el criterio real de evaluación de las universidades radica en lo que sus estudiantes lleguen a ser o sean capaces de hacer en el futuro, tanto en el ejercicio de su profesión como en su compromiso cívico.

Al principio, solo accedía a la universidad la élite de la sociedad, pero hoy las aulas universitarias de todo el mundo acogen a más de 150 millones de estudiantes, que se preparan para ejercer de abogados, físicos, ingenieros, matemáticos, economistas y tantas otras profesiones. Ello nos

da una idea del impacto social y la capacidad de transformación que tiene el sistema universitario y de la enorme responsabilidad que los centros de educación superior asumimos al proporcionarles una formación completa como profesionales y como personas que han de poner sus conocimientos al servicio de los demás.

La investigación se convierte igualmente en un servicio a la sociedad cuando aporta conocimientos útiles en los ámbitos donde se presentan los mayores retos a la persona humana y a la sociedad en general.

Quiero insistir, por tanto, en el papel que tiene la universidad *en* la sociedad y *para* la sociedad, una universidad que ha de convertirse en plataforma de diálogo para ayudar a superar las diferencias a través de debates serenos y generosos, una universidad que sirve a la sociedad porque educa,

investiga, transfiere el conocimiento, debate sobre los temas relevantes y se compromete con las grandes causas de la humanidad. Una universidad que ha de ser, en sí misma, socialmente responsable y hacer suyos los Objetivos de Desarrollo Sostenible, los cuales, a pesar de su excelente y bella formulación, se ven hoy amenazados por intereses políticos y económicos.

### **Los grandes vectores de transformación de la universidad del siglo XXI**

Para finalizar mi intervención, quisiera referirme a las disrupciones que se han producido en la enseñanza superior y que, sin duda, deberán tenerse en cuenta en el diseño y la labor de la universidad del siglo XXI.

Al igual que sucede en otros sectores, hay dos fenómenos especialmente importantes que afectan los procesos de aprendizaje e investigación: la globalización y la tecnología.

El primero de ellos hace referencia a la movilidad creciente de estudiantes y profesores. Hoy las universidades acogen en sus aulas y en sus claustros a estudiantes y profesores de otros países, culturas y religiones. Muchos programas de grado y de posgrado incluyen intercambios obligatorios que tienen un efecto beneficioso en



los alumnos, pues les ayudan a abrir horizontes y a estar en contacto con otras realidades culturales. Esta tendencia debe verse como una oportunidad para promover los beneficios de la diversidad y para que las comunidades de estudiantes y profesores aprendan a respetar opiniones diferentes y a enriquecerse con perspectivas nuevas y distintas a las suyas. Pero, al mismo tiempo, la universidad debe velar, en especial, por la fidelidad a su identidad y a sus principios fundacionales. La diversidad es ciertamente muy positiva, pero en ningún caso debe poner en riesgo la misión y los valores institucionales.

La segunda disrupción proviene de la tecnología. Hoy los jóvenes aprenden de una manera diferente; los trabajos se han transformado, como consecuencia de los avances tecnológicos, y las personas tienden a relacionarse cada vez más a través de los medios digitales. Esta es una

realidad que no podemos cambiar y que hemos de saber integrar en nuestras actividades. El uso inteligente de la tecnología tiene grandes ventajas en los procesos de aprendizaje y en la manera en que los educadores se relacionan con sus alumnos; además, permite dar acceso a la formación a personas que viven alejadas y que difícilmente podrían asistir de una manera regular y presencial a los estudios universitarios. Por otro lado, la tecnología facilita los procesos de investigación, ya que permite trabajar en red, acceder a los conocimientos que se crean en todo el mundo y compartir importantes bases de datos. Nadie duda que los avances científicos en la curación de ciertas enfermedades no se habrían producido si los investigadores de diferentes países no hubieran podido compartir sus descubrimientos de una forma rápida y eficaz. Pero, al igual que la globalización, la tecnología presenta grandes retos; en efecto, si

antes señalábamos que la función de educar es transmitir conocimientos y desarrollar personas, y que este segundo aspecto era tan importante como el primero, ahora debemos preguntarnos cómo mantenemos este objetivo en un entorno en que el contacto presencial es sustituido cada vez más por el virtual, y en el que la superficialidad sustituye fácilmente a la profundidad.

Mi reflexión es que, como responsables universitarios, debemos abrazar los cambios y las oportunidades que nos ofrecen los nuevos entornos, pero al mismo tiempo dedicar grandes esfuerzos a perseguir nuestro propósito último y preservar nuestra identidad como universidades jesuitas al servicio de la sociedad. Para ello, es oportuno recordar la llamada del padre general de los jesuitas Arturo Sosa a establecer una red universal de facultades e instituciones de educación superior jesuitas. Solo así

podremos preservar el fin común que nos une.

Quisiera acabar mi intervención agradeciendo, una vez más, a la Universidad Centroamericana de Managua la oportunidad que me ha brindado de estar hoy con ustedes, compartiendo un deseo que escuché años atrás de Adolfo Nicolás : hemos de aspirar a ser no las mejores universidades *del* mundo, sino las mejores universidades para el mundo; hemos de aspirar a formar no a los mejores profesionales *del* mundo, sino a los mejores profesionales *para* el mundo.



Managua, Nicaragua  
Marzo, 2018



Universidad Jesuita



**AUSJAL**

ASOCIACIÓN DE UNIVERSIDADES  
CONFIADAS A LA COMPAÑÍA DE JESÚS  
EN AMÉRICA LATINA